



**General FRANCISCO DE PAULA SANTANDER**

Por: **ALIRIO GOMEZ PICON**

A pocos metros de esta tribuna de donde hablo en nombre de la Academia Colombiana de Historia, concretamente en el edificio de Avianca, que le está debiendo al país un monumento al héroe que estamos recordando, falleció el 6 de mayo de 1840, el **General Francisco de Paula Santander**, paladín insigne que sostuvo bajo el sol ardiente de los llanos el plan de la campaña libertadora de 1819 y egregio hombre de estado que le dio al país, para su gloria perdurable, su fisonomía civil que señalamos con orgullo como un modelo entre los pueblos convulsionados de Indo-América que se debaten entre regímenes personalistas, despóticos y totalitarios.

Se abría en esos momentos dramáticos el juicio de la posteridad para el fundador de la república. 19 años de servicios constantes a su patria, unas veces en azarosos campos de batalla, otras en las duras faenas, siempre ingratas, de la administración pública, cuando el derrumbamiento del sistema monárquico español dejaba un caos completo después de trescientos años de gobierno absolutista. Es entonces cuando Santander, despojado voluntariamente de sus arcos militares, dio la medida de sus capacidades sobre el vasto territorio de la Gran Colombia para crearlo todo, como un Demiurgo extraordinario en la concep-

ción platónica, erguido sobre esta cumbre de los Andes pero con un sentido político visionario y un dominio geográfico de la comunidad de intereses encomendados a su inteligencia previsor, a sus conocimientos militares, a sus dotes naturales en el arte difícil de manejar a los hombres, a su talento reflexivo, a sus capacidades múltiples puestas a prueba tantas veces, a su tacto para organizar a los pueblos que empezaban a saber qué era eso de la libertad y en qué consistía la independencia por la que se estaba luchando.

Para juzgar hoy a Santander hay que tener en cuenta las circunstancias en que le tocó actuar y las dificultades de todo orden con que tuvo que tropezar. Pero debieron ser de tal magnitud que el propio Libertador, que fue un testigo de excepción en los hechos, le guindó a su amigo dos títulos a cual más comprometedores: de un lado el de "Organizador de la victoria", del otro el de "Hombre de las leyes". A los que hemos tenido la preocupación de estudiar, libres de prejuicios, la hoja de vida de Santander, nos sentimos satisfechos de no haber quedado defraudados en esa labor investigadora.

Un día pudimos establecer que la vida militar del prócer arranca en forma paradójica desde aquella retirada

de perfiles estratégicos de Ocaña a Bucaramanga sin perder un soldado. Eran tiempos en que el desconcierto había que contrarrestarlo con la improvisación, y así encontramos un humanista que hablaba latín como Cicerón y se expresaba en griego como Sócrates o Aristóteles, que tal era el caso asombroso del doctor en disciplinas jurídicas y general por casualidad, Custodio García Rovira, un destino veleidoso lo colocaba al frente de unas "montoneras" para enfrentarlas a soldados curtidos en las campañas napoleónicas. La acción habría de desarrollarse sobre los páramos de Cachirí, que Santander, mejor preparado que el intelectual del Colegio del Rosario,

discutió para demostrar que era un imposible comprometer un combate con gentes bisoñas que ni siquiera habían escuchado el toque de las cornetas. Pero Santander, que rindió culto a la disciplina castrense, se inclinó ante su jefe y horas después fue inevitable la derrota. Se batió desesperadamente al lado de García Rovira y ambos, espada en mano, no pudieron contener la desbandada. Fue entonces cuando el humanista, modelo de medida en su lenguaje, no pudo contenerse y lanzó sobre los farallones de la cordillera aquella expresión heroica de: "Firmes, carajo!", que muchos años después la historia, pudorosa como una doncella, cambió sin razón alguna, por la de "Firmes, Cachirí", que no dice nada, al pie de la estatua del filósofo en una de las plazas de Bucaramanga. Pero algún día levantaremos otro monumento al estudiante fusilado en 1816 para rescatar la verdad con el viscaíno inmortal que gritara con fiera García Rovira ante el desastre inevitable.



ALIRIO GOMEZ PICON

Nació en Pamplona Norte de Santander. Estudios: Primarios, Secundarios, Colegio San José y Universidad Republicana. Abogado de la Universidad Externado de Colombia. Parlamentario en varios períodos. Embajador ante el Gobierno del Ecuador. Exministro de Estado. Ha sido colaborador de los periódicos el Tiempo, Vanguardia Liberal y el Correo de Medellín. Ha publicado los siguientes libros: "El Tratado de Límites entre Colombia y Venezuela", "Historia de una Amistad", "El Golpe Militar de 1854", "Semblanza de Antonio José Restrepo", "Colombia Potencia Ganadera". Es miembro de varias Academias, como Correspondiente y Numerario.

En la tarde dramática de Waterloo, que se haría la caída del corso genial, el Mariscal Cambronne, Jefe de la Guardia Imperial, pronunciaría otra frase que recogería la historia para recordar su bravura militar en el instante en que se jugaba la suerte del mundo. Pero ella, como la de García Rovira, no porque algunos las consideren escatológicas pueden olvidarse, porque ambas adquieren una grandeza mayestática ante la historia como la expresión humana de los héroes ante un adverso destino.

La historia hay que escribirla sobre los hechos que son los que configuran la verdad al través de los tiempos. Así puede sostenerse que en la parábola de la carrera militar de Santander después del desastre de Cachirí, vió con más claridad que todos sus contemporáneos que la suerte de las armas en la resistencia contra España no estaba en el sur sino en los Llanos Orientales. Cuando el Presidente Fernández Madrid quiere capitular, el granadino impone su dialéctica y señala, con sus manos proféticas, que la carta para jugar estaba sobre "La pampa interminable" que evocara en soneto memorable nuestro gran poeta José Eustasio Rivera.

El Libertador tuvo la inspiración inicial desde los llanos de Apure para que la invasión a la Nueva Granada se hiciera por los valles de Cúcuta hacia Boyacá, que Páez no secundó. En las conferencias celebradas en el llano de Miguel, Bolívar relievaba las dificultades de la expedición que Santander rebatía con el respaldo de militares venezolanos como José Antonio Anzoátegui y Jacinto Lara. Ese fue el momento cenital del prócer para que la invasión se hiciera por el páramo de Pisba, se triunfara en las Termópilas de Paya, se ascendiera a la cumbre borrascosa, se cayera sobre los plácidos campos boyacenses, se trabaran los encuentros en los Corrales de Bonza y Gámeza, se atravesaran las aguas tempestuosas del Suárez y Chicamocha, se empeñara la acción del Pantano de Vargas que presenció la

carga homérica de los llaneros de Rondón en que en pocos minutos con sus catorce compañeros mitológicos desarzona y dispersa la caballería española en una de esas hazañas inverosímiles que tanto enaltecen al gran lancero venezolano y que el genio escultórico de Rodrigo Arenas Betancourt ha consagrado en el bronce como un reto a los cielos inclementes.

En aquellos instantes angustiosos que alcanzaron a quebrantar el ánimo del Libertador, la victoria caía como un laurel sobre los hombros de Santander que luchaba con Anzoátegui. Quedaba abierto el camino para remarcar la jornada en el puente de Boyacá y comprobar sobre el terreno que el ojo clarividente del granadino no se había equivocado en el enfoque de los objetivos militares.

He sostenido en libros documentados que hace cincuenta años la historia era un privilegio de unos cuantos ciudadanos que mantuvieron el culto a los que forjaron la independencia. Pero de entonces a hoy las cosas son diferentes. Ahora están franqueadas todas las puertas y facilitados todos los archivos para que los investigadores realicen los estudios que quieran con toda libertad. Ya no hay secretos para nadie. Don Vicente Lecuna publica la correspondencia del Libertador en Venezuela. Roberto Cortazar Toledo entre nosotros edita las "Cartas y Mensajes del General Santander" y las dirigidas al granadino por sus compañeros de armas y los hombres



más importantes de América y Europa. Ahí están las fuentes auténticas para saber quiénes eran, cómo procedieron y cuál fue la obra que realizaron al surgir las nacionalidades americanas.

La consulta de esos libros y de los documentos con ellos relacionados nos lleva a la conclusión justiciera, en deducciones lógicas, que quitarán el sueño a la caterva de oscuros mentecatos que dentro y fuera del país, viven royendo una historia adobada con aduiteraciones de mala fe y sofisticaciones divertidas para cubrir de sombras la memoria del héroe granadino, de que Santander tiene tanto derecho como Bolívar para ser considerado como el cofundador de las naciones que surgieron a la vida en la epopeya emancipadora.

La tesis que proclamamos con orgullo y que podemos fácilmente defender con la historia en la mano, no descansa en afirmaciones supérfluas, ni en divagaciones de tipo estratoesférico. Para exaltar a Santander no requerimos un esfuerzo silogístico verbalista para impresionar o sorprender la buena fe de los que quieran seguirnos en el razonamiento de los hechos. Bolívar fue el genio indiscutible de la guerra, el animador de esa cruzada revolucionaria y el inspirador de documentos fundamentales como la Carta de Jamaica o el discurso en el Congreso de Angostura. Es el Padre de la Patria escoltado por la fama en su marco de gloria indeficiente. "Era mucho más temible vencido que vencedor", escri-

bía el Pacificador Morillo. Para nosotros Bolívar es una figura familiar. Aprendimos historia pronunciando su nombre y admirando la estela luminosa de su vida legendaria. Tenemos una debilidad por el orador brillante, por el extraordinario escritor que en sus proclamas emula y supera a Napoleón, nos subyuga el expositor de teorías políticas que había asimilado de los filósofos de la Enciclopedia, precursores de la Revolución Francesa. ¿No fue acaso el lector incansable de Voltaire hasta en los campamentos militares, o en las horas melancólicas de la derrota? ¿No legó a la Universidad de Caracas en su testamento "El Contrato Social", de Rousseau, que fuera su maestro insuperable?

Santander no tuvo la cultura grecoromana del Libertador pero también leyó a los tratadistas políticos y enriqueció su inteligencia con los libros que hablaban de la ciencia para gobernar a los pueblos. Venezuela dio una brillante constelación en que hubo astros de primera magnitud como Soubllette, Sucre, Urdaneta, Páez, Salom, Briceño Méndez, Peñalver, y asteroides como Mariño, los hermanos Montilla, Bermúdez, Arismendi, Lara, Carvajal, Silva, Carreño, tantos en una cita interminable, pero entre todos su visión escoge a Santander y no se equivoca al elegirlo. Como no se equivocó en los llanos al discernirle los más altos grados militares. Sería su amigo y confidente. A él le confiaría sus planes de Gobierno y sus proyectos bé-

licos para la campaña del sur. Santander sería el mandatario civil con la Constitución para educar los pueblos en el acatamiento a las leyes. Bolívar llevaría la espada para libertar un Continente pero lo haría autorizado por el gobierno de la Nueva Granada que lo representaba Santander. Los dos hombres habían nacido para conocerse y complementarse en esa obra prodigiosa señalada por el destino para convertir los dominios coloniales de España en tierras fértiles para el cultivo de la libertad, la justicia y el derecho.

He aquí cómo le fue posible a Bolívar la culminación de sus sueños acariciados en las campiñas itálicas y en las colinas de Roma al lado de su Maestro Rodríguez que le había dado las primeras enseñanzas en Caracas. Pero para llegar a ese final de sus gloriosas concepciones políticas que lo destacan hoy a la admiración universal tuvo la fortuna de descubrir a Santander como su único y exclusivo colaborador. No recordáis aquella proclama suya a los cundinamarqueses en vísperas de viajar a Venezuela para su campaña militar, en que les decía estas palabras cargadas de acentos proféticos: "Os dejo en Santander otro Bolívar"?

Pues en esa expresión quedaba fijada la clave de su acierto. Por que la verdad es que sin el concurso de Santander como hombre de Gobierno, no hubiera sido posibles batallas como la de Carabobo en que se baten 4.000 infantes de los cuales 3.000 eran granadinos, y 1.200 soldados de caba-

llería, de los cuales 1.000 eran de Casanare, conducidos por el Centauro de los llanos, Cedeño, el "bravo entre los bravos de Colombia", y Ambrosio Plaza que caen en la carga inútil contra el batallón "Valencey" que en esa acción colocara tan alto el honor militar de la España batalladora.

En Bomboná la campaña sobre el Sur queda sellada con el arrojo sin par de un gran venezolano, el General Pedro León Torres, cuyas cenizas guardamos con afecto en Yacuanquer. En Pichincha la gloria recibe al héroe niño de Abdón Calderón, pero en el marco heroico están Antonio José de Sucre y José María Córdoba. Así venía al mundo independiente el Ecuador. En Junín no se escuchó un disparo. Aquello fue un duelo metálico en que brillaron otra vez los lanceros venezolanos. En Ayacucho quedaría liquidado el poder militar de España sobre tierras americanas. Y en las faldas del Condurcunca, que cuatrocientos años antes vieran desplegadas al triunfo las banderas de Pizarro sobre los Incas legendarios, el 9 de diciembre de 1824 quedaba consagrado el Mariscal Sucre como el más alto estratega de los fastos militares de entonces, pero a su lado estaba aquel adolescente que conquistaba el grado de General de División sobre el campo de batalla a los 27 años, al coronar la victoria con aquella vibrante orden que aun resuena sobre las cumbres de los Andes: "Armas a discreción. Paso de vencedores".

Qué gran ventura para los colombianos que en el recuento de la epopeya que fue creando pueblos para la independencia en que el granadino tiene acciones de valor imponderable, pueden contar con un héroe de perfiles indestructibles que resisten el embate corrosivo de los tiempos, al que no tenemos qué inventarle hechos, ni acomodarle historias para salvarlo del olvido, ni colocarlo más allá del mito para hacerlo digno de nuestro afecto y admiración. En Santander no basta tener el más alto exponente de nuestras tradiciones republicanas. No necesitamos divinizarlo para considerarlo como un símbolo en la teoría de los hombres representativos que enaltecen las virtudes de los pueblos. Para señalarlo a la admiración de los extraños, humanizamos al héroe con sus grandes merecimientos sin temor a la crítica así fuese implacable, injusta o arbitraria porque sus calidades morales resisten al ácido probatorio de todas las pasiones.

El destino lo arrebató a los claustros de San Bartolomé y le dio la bandera de un regimiento. En su primer encuentro con Bolívar cuando éste iba a la campaña re-ámpago de 1813 sobre

Venezuela con un escuadrón de granadinos, Santander es un Alférez que comienza la carrera de las armas cuando aquel ya había estado en el Congreso de Caracas de 1811 y en esos momentos era Brigadier General descubierto por don Camilo Torres. Cuando vuelven a verse en los llanos Santander ya es un militar probado sobre el terreno que le entrega en Pore un ejército de 1.500 hombres. Bolívar, en su vuelo aquilino lo eleva a la más alta jerarquía militar. Más tarde lo dejará al frente del gobierno porque era el único capaz de reemplazarlo. No se equivocó al otorgarle los ascensos militares. Como no se equivocó al señalarlo como Magistrado para que dirigiera la República naciente y enseñara a los pueblos el culto de las leyes, organizara ejércitos, fundara Universidades, sentara las bases de la marina, reuniera Congresos y fuera su colaborador insustituible.

Ese es el Santander que evocamos en este nuevo aniversario. Es el arquetipo que señaló a los pueblos su destino inexorable cuando les dijo: "Las armas os han dado la independencia. Las leyes os darán la libertad".